

LAURENCE VIDAL

**Los amantes
de Granada**



Tras el entierro de Isabel de Solís, la que fuera una de sus mejores amigas rememora la vida de este singular personaje. Isabel de Solís, hija de un noble castellano, es apresada por el musulmán Aben Barrax durante un ataque a las tierras de su padre y la encierra en su harén, de donde intenta fugarse sin éxito. Educada en un mundo nuevo y deslumbrante para ella, finalmente es cedida al rey de Granada Abu al Hasán (Muley Hacen), que la lleva a la Alhambra y la convierte en su favorita con el nombre de Zoraya. Viven una extraña historia de amor, y cuando las tropas de los Reyes Católicos entran en Granada, los amantes huyen a Málaga. Más allá de la apasionante historia sentimental, el mayor interés de la novela reside en la descripción del proceso mediante el cual una mujer educada en el estricto y rígido mundo castellano y católico, descubre la sensualidad, el refinamiento y la cultura del mundo hispanoárabe, lo que a su vez conduce a una interesante y muy oportuna reflexión acerca del diálogo y la posibilidad de entendimiento entre culturas muy distintas.

A Carmela Granados, esté donde esté.

PROLOGO

Burgos, noviembre de 1502

La lenta procesión avanza a través de un aire cargado de escarcha. Delgadas y negras bajo sus velos de esposas del Señor, mis hijas se deslizan sobre la alfombra de nieve. Van en fila, encogidas, siluetas de luto y de silencio que dirigen al alba un trémulo canto de esperanza.

Insensible a la belleza de esta aurora en la que un manto de niebla se irisa con destellos cristalinos, mi corazón suspira, asombrado... Es a mi niña a quien entierran. A esa compañera, esa hermana que, en mi madurez, me había regalado el cielo. Me la arrebató hace tres días.

Isabel, mi hermana luminosa y risueña... Tu cuerpo estaba frío, ayer, durante la última noche en que te velamos. Esta mañana, tu alma sin duda asciende hacia la luz. Quiero imaginarla, ligera, libre al fin como tanto soñó serlo, ascendiendo hacia los cielos donde la acogen aquellos que te amaron. Doña Lucía, Artaja, don Sancho y Muley Hacén, sultán de Granada la difunta, todos esos rostros de tu pasado que en tres años aprendí a amar porque habían alimentado tu alegría.

Duerme, mi niña. Duerme para siempre, tú que ya no puedes sentir este frío que te era extraño, ese intenso frío que se apodera de mí cuando pienso que no volveré a verte entre nosotros. Descansa en paz, al fin, tú que tanto la buscaste.

Duerme, Isabel de Solís. Zoraya, duerme.

Para mis hermanas tú fuiste doña Isabel, la más radiante de las mujeres que nos fue dado acoger en su último retiro. A mí me abriste el secreto de tu corazón. El secreto de tus grandes ojos de mar, a menudo nublados por una bruma salada a pesar de la risa de tus labios. El secreto de tus pómulos, azulados algunas noches durante el oficio de maitines. El secreto de esas largas contemplaciones en las que te deslizabas con sigilo, y de las que volvías con una sonrisa luminosa que traicionaba, bajo los rasgos de la orante, a la sultana adulada que habías sido.

Tú me devolviste la esperanza, mi querida hermana Isabel. No la esperanza en Dios, que nunca me abandona, sino la esperanza en el hombre, en el corazón del hombre tan dispuesto a oscurecerse, en el camino del hombre tan fácil de torcer, en la pasión del hombre tan fácilmente vuelta contra el amor.

Ve en paz, mi niña querida. Es un alma transida de esperanza la que te acoge hoy, estoy segura: el Altísimo en su paraíso.

Duerme mi niña, mi tiernamente amada. Descansa junto al Todopoderoso. Descansa y reza por los que se quedan.

Esta tarde, para esa joven que acaba de llegar, esa doña María que se te parece tanto, evocaré tu orgullosa vida de reclusa. Recluida en tu castillo de la infancia, recluida en el palacio de la Alhambra, joven recluida en tu viudedad mientras se derrumbaba tu reino, recluida al final, por tu voluntad, tras estos muros que yo velo. Recluida y libre, más que ninguna otra, pues tu alma habitada por la gracia sabía escapar de cualquier jaula.

CAPÍTULO I

Granada, septiembre de 1471

Duerme mi paloma,

... tararea una voz lejana

Duerme, en la sombra...

Sosegante a fuerza de monótona, la familiar melodía se desliza en la mente enfebrecida de la adolescente. Una mueca infantil suaviza el rostro cubierto de sudor. Los dedos, sobre la colcha, se relajan.

Los ángeles en el paraíso Cuidan de tu estrella...

La voz es cálida, segura como la cantinela que desgrana. Todos los perfumes de un Oriente con el que Isabel soñaba en otro tiempo flotan entre las notas. Y prosigue la lejana voz:

*En el cielo las huríes,
Tejen el hermoso velo
Con el que tu madre, para la fiesta,
Vendrá a cubrir tus cabellos.*

Sosegada por la nana favorita de su aya, la joven enferma se acurruca bajo las sábanas. La duda viene a acariciarla —inquietud confusa que se empeña en tomar forma—, pero ella prefiere prolongar la delicada indolencia en que reposa su espíritu.

En la alcoba que tiritita y se estremece bajo los tenues reflejos de la lámpara de aceite, una silueta perfumada se ha inclinado sobre la cama. Larga, curvilínea, cubierta de velos claros en armonía con sus cabellos rubios, la favorita de Abén Barrax observa a la cautiva. Los celos le carcomen las entrañas. Sin duda se sabe bella, esta mujer voluptuosa a quien sus veinticinco primaveras otorgan el aroma de un fruto embriagador. Soberana indiscutida de su señor, ella sabe despertar su fogosidad, recoger sus confidencias y hacerle olvidar el encanto de brazos más firmes y de carnes más tiernas con las que a veces la traiciona. Pero esta niña en flor capturada por el amo en una razia en tierras cristianas se le antoja más peligrosa que las bellas ignorantes del harén. Es todo huesos. Su voz tiene la timidez de un pajarillo. Y sus miembros gráciles, al agitarse bajo el efecto del delirio, anuncian futuros arranques de furia que los tiernos abrazos... Una gracia orgullosa, no obstante, se abre paso bajo esa violencia.

Durante tres días la cautiva no ha dejado de sollozar, de gritar, de luchar contra enemigos invisibles. Ni los gritos ni las convulsiones han podido desfigurar su delgado rostro. Ni siquiera esta tarde, advierte la favorita, ni las ojeras que enmarcan sus largas pestañas, ni la angustia de la comisura de sus labios han podido marchitar su joven rostro.

La cristiana debe rondar los quince años, seguramente. Su larga cabellera de fuego, que desciende desde la almohada hasta los pies de la cama, su amplia frente ambarina, y su boca golosa, aunque reseca por el llanto, prometen convertirla en una joya del harén. A no ser que permanezca para siempre prisionera entre los muros de locura en los

que se ha encerrado... Flor de Sol, a su pesar, tiene que admitir que la piedad la vence.

Desde que vela a la enferma no la ha visto tan tranquila. Agotado por el combate contra las fuerzas de la oscuridad, el cuerpo de la extranjera parece abandonarse a las caricias del olvido. ¿Habrán dejado allí a su presa los *djinnns*¹¹, por la gracia del Altísimo? En el fondo, Malika se siente aliviada. Imagina muy bien qué fantasmas persiguen a la febril criatura en su delirio. Aún recuerda que también ella creyó no poder sobrevivir en el serrallo. Tras una batalla perdida, que enfrentó a las tropas de Yusuf V con las del sultán de Granada, su padre y muchos otros señores ligados a los Abéncerrajes tuvieron que donar a sus hijas como tributo a los vencedores. Malika cayó en manos de Sidi Abén Barrax. El emir Abu al Hasán aún no reinaba en la Alhambra, sino su padre, Abén Nasar el Pacífico, al que no tardaría en destronar. La adolescente que era ella entonces no sabía nada de esos asuntos sucesorios; su horizonte se limitaba en aquel tiempo a las espesas murallas del parque granadino, y a la esperanza de una liberación que la despertaba en un sobresalto cada mañana a primera hora. ¿Acaso no era su padre lo suficientemente rico como para pagar el rescate? Pero los días sucedieron a las noches y Malika, en la voz dulce de su amante, se había convertido en Flor de Sol. Tuvo un hijo, un niño; y luego una niña. Habían pasado nueve años, y ella se había ido resignando poco a poco. Las atenciones de Abén Barrax habían acabado por domeñarla.

Flor de Sol, en un suspiro, se deja llevar por los recuerdos. Su mirada vuelve a la bella durmiente: ¡qué vulnerable parece! A la mora le oprime el corazón. Su dedo aparta un mechón de la frente humedecida; la piel aún está ardiendo.

Con la caricia, la adolescente se ha estremecido. Sin abrir los ojos, deja escapar su lamento:

—¿Eres tú, Artaja? ¿Realmente eres tú?

—¿Qué dices, pequeña? ¿Quién crees que soy?

—Has vuelto; gracias —se obstina la muchacha. Su mano ha tomado la de su compañera. Sus labios se han entreabierto en una sonrisa confiada.

Tras los tapices, en la sala de estar, Salma continúa cantando. Seguramente alguna de las mujeres ha echado esencias nuevas en los incensarios: Malika percibe perfumes entrelazados de sándalo y de rosa.

—¿Quemas hiervas contra el mal de ojo? —murmura la adolescente, entre el sueño y la vigilia—. ¡Cuidado, Artaja, no vayan a acusarte de brujería!...

Como si estas palabras misteriosas estuvieran cargadas de un sentido sólo conocido por ella, la cristiana ha empezado a agitarse de nuevo. La mano insegura que sostiene sobre sus párpados cerrados parece querer proteger su rostro. La otra se desliza hasta su garganta, y agarra el amuleto impío que nadie ha osado quitarle. Su cuerpo tiembla de frío sobre el lecho caliente.

Primero, una duda acaricia su espíritu. Después una sospecha terrible que la llena de angustia. ¿No está muerta, Artaja? Ella misma, Isabel, ¿no hace ya cuatro años que quedó huérfana de su querida aya? ¿Y allí, a las puertas de la memoria, no están ocultos en la sombra sucesos aún más espantosos, prestos a asaltarla?

De repente, la pesadilla vuelve al galope y la acongoja. En su cabeza enloquecida por los golpes y los gritos, la bruma se ha dispersado. La sucede una noche descolorida que dibuja el perfil de la luna. Pero no es la luna la que da a la piedra gris esos reflejos anaranjados. El fuego; ¡es el fuego! El humo invade la habitación. La adolescente no puede respirar. Con los pies desnudos sobre las húmedas baldosas, corre hacia las ventanas. Tras ellas, como monstruos fantasmagóricos deformados por las llamas sanguinolentas, unos cuerpos se entremezclan. Puede oír el choque de las armas y el gemido ronco de un herido al caer. Ese

hombre, allá abajo, encaramado sobre la muralla, al que rodean cinco hombres, ¿no es don Sancho, su padre?

Isabel querría gritar, pero el terror la emmudece. Una mano se posa sobre su hombro y la aparta del espectáculo. «Corra, señorita, sígame. ¡La casa está en llamas!». Doña Elvira, desmarañada, la empuja fuera de la habitación. Hecha jirones, su rústica camisa deja asomar un pecho marchito. En otras circunstancias, Isabel estallaría en risas, pues conoce el pudor de su dama de compañía. A toda prisa, baja a tropezones la empinada escalera. En cada piso, sale de debajo de las puertas un humo espeso que les niebla la vista y ahoga su respiración. Por todas partes suenan siniestros crujidos de las llamas alimentándose de sus presas.

Isabel está sola, ahora. Doña Elvira la ha dejado allí, en el huerto, bajo las ramas de un rosal. Luego ha desaparecido.

Con las rodillas hundidas en la tierra aún mojada, la muchacha tiritita. El nudo de una raíz se le clava en la carne. Las espinas del rosal le arañan el rostro. Pero Isabel no se atreve a moverse. Intuye a lo lejos los gritos, los resuellos, los juramentos de los hombres y el relincho de los caballos aterrorizados por el fuego. De vez en cuando un alarido salvaje lanzado en nombre de Alá le hiela la sangre. De los moros, sólo le interesaban las gestas legendarias que le contaba Artaja, la dulzura de los días bajo el cielo de Granada, o el canto de las fuentes en los patios de la Alhambra. Esta noche, es el rostro desfigurado de la barbarie el que desgarrar su infancia.

Con toda su fuerza de voluntad, la aterrada adolescente intenta ampararse en la noche para no pensar. Y para no llorar; podrían oírla. Mientras sus labios temblorosos musitan un avemaría, sus ojos se fijan en una mancha blanca, allí, a unos pasos de su escondite. Es un resquicio de pureza en el horror que se avecina, una promesa virginal que aún la deleitaba esta mañana: la primera flor del narciso otoñal.

De repente, el rosal se agita por encima de su cabeza. Dos botas manchadas de barro pisotean la flor blanca. Un puño de acero aprisiona su garganta. Un alarido victorioso penetra en sus tímpanos y luego... nada más.

Nada más que la misma visión alucinada. Nada más que unas lágrimas, unos gritos, su cuerpo debatiéndose entre dos manos brutales. Después, el abismo de una noche habitada sólo por sombras furtivas. Y ahora, ¡esta voz que canta como Artaja! Esta mano, posada sobre su brazo, que no puede ser la de su aya. Y los acres aromas que ya no la hacen sonreír.

Durante algunos segundos todavía, Isabel mantiene los ojos obstinadamente cerrados. Se ha despertado del todo, abatida por la realidad de su pesadilla. Pero se ampara todavía tras sus párpados cerrados y, con los sentidos alerta, intenta adivinar qué peligro la acecha.

A lo lejos, la melodía se ha interrumpido, y enseguida la han reemplazado cuchicheos febriles y el sonido apagado de pasos precipitados. Por encima de ella, juraría, alguien contiene la respiración. ¿Esa o ése al que hace un instante confundía con una muerta?

Finalmente, se decide. Sus largas pestañas, al levantarse, descubren su iris de un azul borrascoso. La adolescente está preparada para hacer frente a cualquier cosa.

Una morisca rubia, de tez pálida y sonrisa agradable, posa sobre ella sus negras pupilas nocturnas. La alas que forman las amplias mangas largas esbozan un gesto acogedor. Pero la muchacha se mantiene alerta. Sus ojos, en la penumbra, recorren el espacio... Todo aquí le resulta extraño. Donde ella esperaba la austeridad de la piedra desnuda, la sombra familiar del baúl en que doña Elvira guarda sus cosas, y la silueta reconfortante del reclinatorio heredado de su madre, Isabel no entrevé más que tapices de colores, ricas alfombras en el suelo, cojines de sedas tornasoladas alineados a lo largo de las paredes. Desde una horna-

cina, a su izquierda, la única lámpara de aceite dispersa sus resplandores juguetones sobre un teatro de sombras, de arabescos y de figuras endentadas. «¡Las moras!», piensa. Ha sido recogida por unas moras... «A lo mejor una familia amiga de su padre», susurra la voz de la esperanza.

—¿Quién eres? —murmura en la lengua de Artaja—. ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi padre?

La morisca permanece en silencio.

—¿Vas a hablar o no? ¿Dónde estamos?

Su cuerpo, quebrantado por la fiebre, tiembla de debilidad y de terror. A pesar de todo, con un esfuerzo, consigue levantarse de la cama. La cabeza le da vueltas y sus piernas flaquean. Pero cuando mira a la desconocida que no deja de sonreír, su silueta grácil proclama a un tiempo orgullo, miedo, y un coraje feroz.

—Estamos, las dos, en la mansión de Sidi Abén Barrax —responde finalmente la morisca con voz tranquilizadora.

—No es un amigo de don Sancho; ese nombre me es desconocido. ¿Dónde se encuentra mi padre?

La extraña se ha turbado.

—Habla, ¡te exijo una respuesta! Tú debes saber dónde está el gobernador...

—Estamos muy lejos de Martos, amiga. Has estado enferma mucho tiempo. Tu alma ha combatido contra los *djinnns*, que querían entregarte a Iblis el Seductor. Pero nosotras te hemos cuidado. Y tú has librado tu batalla... Aquí estás en tu casa. Aquí, en Dar al Anuar, en el corazón de al Bayyazin.

—¿El Albaicín? Pero... ¡eso está en Granada! Granada, ¡tierra enemiga!... ¿Entonces, qué pasó la noche del incendio? Aquellos hombres armados, aquellos moros que invadían la ciudadela, ¿qué hicieron con los suyos, con doña Elvira, con su padre? Granada, ciudad amada que cada día lloraba su aya. Granada, la protagonista de sus sueños. Después de haberla adornado con todas las delicias imaginables, ¿tendrá que maldecirla?

—Entonces... ¿estoy cautiva?

La frase se ahoga en su garganta. ¡Ella, doña Isabel, cautiva de los infieles!

Bajo una gasa que la expone más que la cubre, de repente la garganta le quema. Sus piernas son de algodón y sus manos tiemblan al apoyarse en el muro. Aspira el aire a bocanadas profundas para evitar desmayarse. Cuando, restablecida, se enfrenta de nuevo a la morisca, lo hace con un gesto altivo de desafío:

—Es así, ¿no? Soy tu prisionera.

—No, *habibtí*[2]. No mi prisionera. Pertenece, las dos, al harén de Sidi Abén Barrax, que Alá bendiga su nombre. Pronto lo verás. Es un hombre bueno, ya lo verás...

Pero nada puede refrenar el terror de la muchacha.

—¡El harén! ¡Estoy encerrada en un harén! ¡Y supongo que tu amo espera que yo sea sumisa!

La palabra «sumisa» restalla como un látigo, provocando un murmullo alarmado tras los tapices.

—Y ahí, detrás de esas cortinas, ¿quiénes son esas chicas que cacarean? ¿También son prisioneras? ¿O esclavas sumisas, como tú? ¡Que salgan, esas cobardes, y se atrevan a reírse de mí en mi cara! No se reirán mucho tiempo de Isabel de Solís, puedo asegurártelo.

En vano, Flor de Sol tiende una mano consoladora hacia la adolescente, que vacila. Como temía, la cristiana se rebela. Con su crin de fuego, el fruto rojo de sus labios mordidos por unos dientes resplandecientes y su mirada marina y estrellada, tiene toda la apariencia de un animal atrapado. Incluso su delgadez, que recuerda la de una fiera hambrienta. Una loba rubia, quizá, como las que, al parecer, habitan en las montañas de la Alpujarra vecina, o una pantera de las estepas, cuya gracia felina también posee.

Malika se siente poco hábil. Rechazando la mano tendida, la niña salvaje refunfuña:

—¡Nunca, me entiendes! Nunca me someteré; díselo pues a tu señor. Además, mi padre sabrá encontrar a ese canalla y hacerle pagar el ultraje. Entonces...

Una sospecha la paraliza. Su voz se quiebra. Lleva de nuevo su mano al cuello, donde centellea el medallón con rostro de mujer. Su mirada, de repente implorante, busca los ojos de la morisca. Pero ésta ha bajado los párpados y agachado tristemente la cabeza.

—Padre —murmura aún Isabel, hipnotizada por esa cara llorosa que evita su mirada.

Su cuerpo vacila en el pesado silencio. Si Malika no hubiera estado allí para sostenerla, la muchacha habría desfallecido inconsciente, sobre la mullida alfombra de seda.

Al pie de la cama, arrodillada, una forma desencajada se agita entre sollozos. Sus largos cabellos dispersos forman un vestido de llamas. En su mejilla, una mano extraña acoge las lágrimas que resbalan. La huérfana, en su angustia, acepta por el momento la amistad ofrecida.

CAPÍTULO II

Isabel corre sin parar. Sus perseguidores también. Unos pasos pesados se acercan, haciendo crujir a su espalda las ramas del soto. Despavorida, ha atravesado un claro y se ha echado al camino que parecía abrirle los brazos. Pero el camino se ha cerrado. Las ramas le arañan la cara. Las zarzas deshacen su ropa en jirones y desgarran sus pies desnudos.

Más rápido, Isabel, más rápido, la instiga la sangre golpeando en sus sienes. Más rápido, aún más rápido, repican en su garganta los embates de su respiración. Cegada por las lágrimas, Isabel sabe que no aguantará mucho más. Ya siente en su nuca el aliento del asaltante. Una mano la agarra por el pelo. Ella intenta liberarse. Cocea, grita, patatea.

... Y se endereza sobre su cama, con el corazón enloquecido por el terror. La acoge un silencio de muerte. No hay ningún bosque. No hay agresor. Sólo su lecho desordenado. Y los reflejos de la luna en una habitación desconocida.

Isabel, sin intentar dilucidar si es el sueño o los sucesos de la víspera lo que le oprime el pecho, obedece al sentimiento de urgencia. De un vistazo, evalúa los obstáculos. Todo parece tranquilo en la estancia dormida. A sus pies, rendidas de sueño, dos formas inofensivas respiran plácidamente.

Con sigilo, por la espesa alfombra que ahoga sus pasos, Isabel se aleja de las dos mujeres, que no se han movido.

Ante ella, más sombrío sobre la claridad de los muros, la atrae un espacio oscuro y rectangular. Recuerda unos tapi-